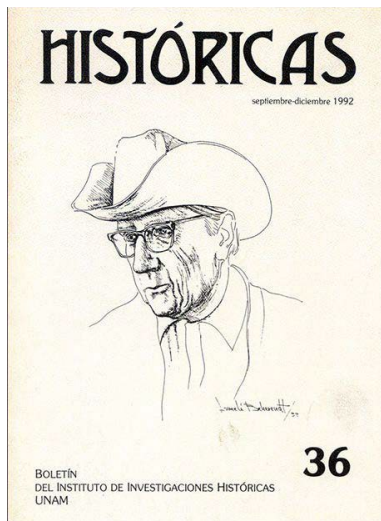




Artículo: Ortega y Medina entre andrenios y robinsones

Autor(es): González Ortiz, María Cristina

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 36

Año: 1992

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: González Ortiz, María Cristina. "Ortega y Medina entre andrenios y robinsones" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 36 (1992): p. 32-38. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3799>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones

María Cristina González Ortiz*

Con motivo de su recepción en la Academia Mexicana de la Historia, el 5 de octubre de 1976, don Juan Antonio Ortega y Medina presentó un brillante y bello discurso titulado "De Andrenios y Robinsones", el cual quedó integrado a un libro que publicó años después, considerado por su autor, como varias veces lo expresó, su obra predilecta.¹

Es "De Andrenios y Robinsones" un estudio en el que se muestran no sólo el método y la erudición de Ortega y Medina, sino también algo que no es fácil de definir y que podríamos llamar el talento, la agudeza y la destreza para dar una explicación convincente a las interrogantes que Clío plantea; dicho simplemente, la vocación histórica.

Uno de los aspectos del método que menos se considera en nuestros días, de poco estudio de la gramática y menos de la retórica, es el muy antiguo y elemental que se refiere a cómo se dicen las cosas; en nuestro caso, cómo se presentan el relato y la explicación históricas. Bien sabemos que el valor literario de una obra reside en la forma en que su argumento nos es presentado y no tanto en la originalidad de éste. Así, no construyen igual Flaubert, Proust y Joyce. Y entre ellos, son raros los escritores que explican su método: dejan que el lector inteligente lo descubra o que quede tan satisfecho y convencido con la lectura que ignore cómo el autor lo consiguió. El método es para el escritor como la cimbra de un edificio que, una vez cumplida su misión, puede quitarse. Quien verdaderamente aprecia el valor de una gran cúpula, digamos la de la basílica de San Pedro, admira no sólo su belleza sino también sabe de las dificultades que su construcción implicó para que no se viniera al suelo, sin que para ello tuvieran que dejarle todo el andamiaje. Con los historiadores sucede lo mismo que con los novelistas; sólo que algunos, tras entusiastas y prolijas explicaciones de su método, nos entregan únicamente algo similar al parto de los montes de la fábula griega. El maestro Ortega no fue de esos historiadores.

* Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM.

¹ *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, UNAM, 1981.

"De Andrenios y Robinsones" está dividido en tres partes, cada una de ellas con una muy clara estructura. En la primera y más breve, el Proemio, Ortega y Medina establece algunas diferencias entre el mundo español y el mundo inglés de los siglos xvi al xviii. En el aspecto filosófico, recuerda el nominalismo de los ingleses Escoto, Occam y Bacon, además del escolasticismo de los teólogos españoles. Sin embargo, profundiza más en el aspecto literario al hacer un paralelo entre la historia de los dos naufragos que inspiraron a Daniel Defoe y al Inca Garcilaso. Un naufrago escocés le servirá a Defoe para crear a Robinson Crusoe, quien se salva gracias a su trabajo e industria, convirtiéndose así en el héroe de la fábula puritana que hasta nuestros días exalta al moderno mundo inglés técnico y comercial. El otro naufrago, español y no menos sufrido, sólo le sirve a Garcilaso para mostrar la gran bondad de Dios —verdadero protagonista de la obra—, quien permitió que Pedro Serrano fuera rescatado de aquella isla desierta. La comparación no se queda entre los dos personajes tan distintos que los dos naufragos inspiraron, sino que Ortega introduce un protagonista más al que contrastará con Robinson. Lo toma de Baltazar Gracián quien, en *El criticón*, crea a un extraño personaje que vivía en una isla alejado del mundo y que vuelve a éste acompañado por Critilo, la razón crítica. Así, sufre las mundanas tentaciones que no puede rechazar sino después de un largo aprendizaje. A este personaje Critilo lo llama Andrenio, lo humano, quien alcanza finalmente la inmortalidad a través del sufrimiento.

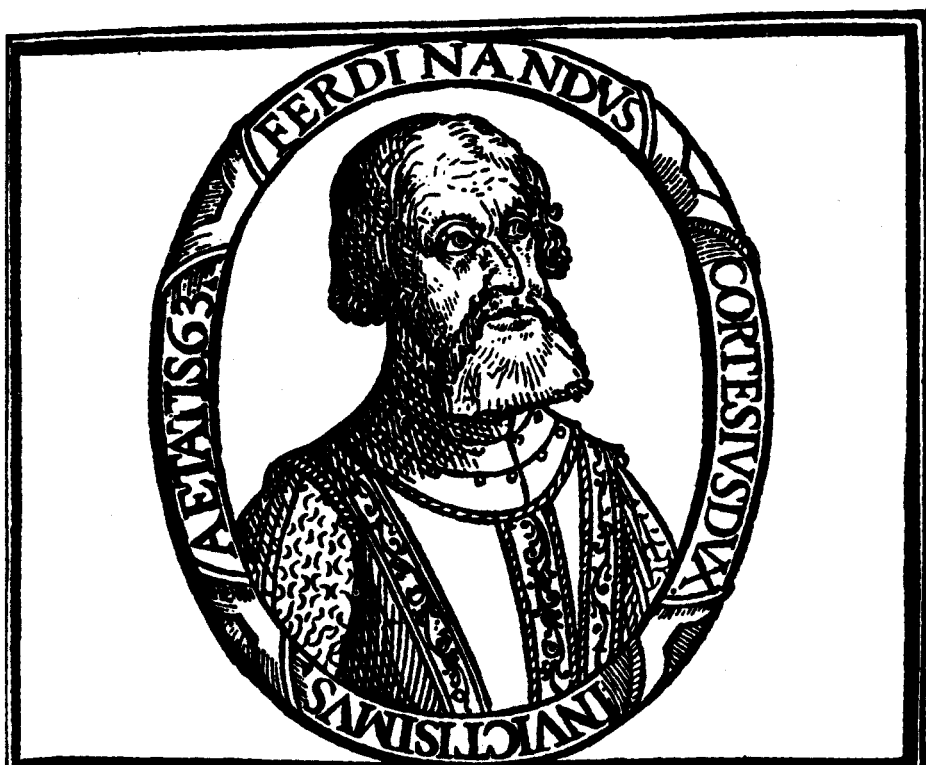
A partir de dos personajes ficticios de la literatura, Robinson que explota al mundo y Andrenio que lo sufre, Ortega y Medina nos introduce en dos mundos: el inglés en el que se enaltecen la bondad del trabajo y del empleo de la técnica en la consecución de un mundo digno y confortable y; el español, que es visto como algo engañoso y peligroso, mismo en el que actuaron los héroes españoles "mas no para cambiarlo y mejorarlo sino para resignada y alienadamente padecerlo".²

Mostrada la diferencia que en la literatura se aprecia, Ortega y Medina se pregunta a qué se debió que el "proyecto de vida" de los españoles acabara en el desencanto del mundo. Adelanta aquí su tesis que después comprobará: se debió no sólo a razones religiosas "sino también y acaso más, a sinrazones ideológicas y políticas provenientes del esquema vital y espiritual puesto en práctica".³ El problema ha quedado planteado con las dos posturas distintas ante la vida que muestran la filosofía y la literatura; queda ahora por ver si la historia las confirma también, si se encuentran en ella las "sinrazones ideológicas y políticas" de España.

En la segunda parte del discurso, "Crisis primera: el mar y los protestantes ingleses", y en la tercera y última, "Crisis segunda: el mar y los católi-

² "De Andrenios y Robinsones", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxx, 1971-1976, p. 225.

³ *Ibidem*, p. 223.



cos españoles", estudia nuestro autor por separado los hechos que tuvieron mayor relevancia en la gestación del futuro de ambos pueblos. Pero sobre todo, se trata de dar, en la última parte, una explicación no sólo del contraste entre las dos naciones, sino de dar razón de por qué España, a diferencia de Inglaterra, abandonó el mar. Sobre este problema volveremos más adelante; por ahora sólo hemos querido mostrar el equilibrio de la estructura del trabajo de Ortega y Medina porque, bien lo saben los que bien escriben, no es una tarea fácil conseguirlo y marca, para empezar, la diferencia entre un trabajo sólido y otro que no lo es.

Es en el desarrollo de estas dos últimas partes en donde el maestro Ortega muestra la habilidad con que sabe utilizar su gran erudición, acumulada a lo largo de tesoneros años de estudio. Sólo el ilustrado, el dedicado al fructífero trato con los libros, puede valerse del contenido de éstos en el momento que lo necesite y con la soltura y seguridad que le da el conocer bien el acervo que posee. Domina don Juan no sólo la literatura española de la época sino también la inglesa y sitúa a ambas tanto en su momento histórico como en su relación con las tradiciones religiosas y filosóficas de cada una de ellas. Sabe así dónde encontrar la simpatía hacia

el mar de un Shakespeare o un Thomas Lodge, o la ignorancia que sobre las cosas del mar es evidente en el Quijote de Cervantes o el temor mani-fiesto en el Critilo de Gracián, ante la idea de aventurarse por el mar en lo que llama un "ataúd anticipado".⁴

A la vez, con gran destreza, emplea Ortega las fuentes históricas sobre España e Inglaterra, en una amplia gama que comprende documentos de diversa índole: sobre las guerras que sostuvieron en el mar los castellanos por el control del Canal de la Mancha en los siglos xiv y xv; sobre los intereses económicos de estos mismos castellanos y su relación con las autoridades reales; sobre las actividades de los piratas, ya fueran de saqueo o mercantiles. En fin, todo lo que tenía que ver con la administración real, especialmente la política marítima de las dos naciones, sin faltar los escritos de los dos Richard Hakluyt y de Samuel Purchas,⁵ la información sobre los consejos que Antonio Pérez daba al rey de España y las quejas de Alonso de Contreras por las arbitrariedades reales.

Hasta aquí la cuidada forma y los vastos conocimientos de Ortega y Medina. Veamos ahora cuál es el pensamiento que a través de ellos se expresa. Pensamiento que no siempre se expresa con facilidad porque, si el lenguaje es claro y los razonamientos impecables, nuestro autor posee también el magnífico don de dejar que el lector adivine, descubra por su cuenta las últimas consecuencias de lo expuesto.

En la primera crisis, la inglesa, Ortega y Medina puede afirmar, tras el estudio de sus fuentes, que si la literatura inglesa de los siglos xvi y xvii huele a mar (nosotros diríamos que hasta principios de nuestro siglo, en Joseph Conrad por ejemplo, aún se percibe el salobre gusto), los ingleses no "escaparon hacia el mar" en forma espontánea, sino que fueron empujados. A principios del siglo xvi los ingleses se habían olvidado del mar y si volvieron a navegar no fue para continuar una tradición, sino guiados por razones materiales como las esgrimidas por Richard Hakluyt y, por otras, de tipo espiritual y muy poderosas, que se pueden sintetizar en el "calling" de la Reforma; transformando los ingleses el llamado de Dios a los elegidos en una verdadera vocación marinera. Así, nos dice Ortega,

En la expansión marítimo-comercial y premanufacturera de la Inglaterra del siglo xvi coadyuvarían al alimón la inspiración bíblico-religiosa y los intereses económicos. En el mar encontraron los ingleses, como buenos protestantes, un medio ideal donde ejercitar con fruto su vocación espiritual y su ascetismo intramundano reformista; asimismo. . . en el mar halló el ciudadano común el medio más adecuado para progresar riesgosa pero selectivamente en el medio social. . . En las empresas oceánicas sentirá, pues, Inglaterra que radica su

⁴ *Ibidem*, p. 242.

⁵ Estos asuntos ya los había tratado Ortega en *México en la conciencia anglo-sajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953-1955, 2 v.

presente y futuro destino histórico; su ser, su vida y sus ansias; su justificación para consigo misma, su religión y salvación: ¡Todo!⁶

En la última parte, la de la segunda crisis, Ortega se pregunta más por lo que los españoles dejaron de hacer que por lo que habían hecho y, sobre todo, por qué. A diferencia de Inglaterra, Castilla y la zona del Cantábrico contaban con una rica tradición marinera: habían vencido a los ingleses en el mar amén de mantener importantes lazos comerciales con Flandes como abundantes ejemplos lo confirmaban. Sin embargo, esta tradición marinera comenzó a debilitarse a partir de los Reyes Católicos cuyo absolutismo, dice nuestro autor, "destruyó a la Castilla burguesa y aseguró el triunfo de la Castilla señorial".⁷ Carlos V, que introdujo la tradición terrestre y dinástica de los Habsburgo, tampoco hizo nada por la flota española. El emperador y su hijo, llevados por su celo contrarreformista, se empeñaron en guiar a España con una ideología que no tenía nada que ver con el "llamado" especial de Dios a los protestantes. Así pues, a finales del siglo xvi, tras la derrota de la Armada Invencible, provocada por la "ausencia absoluta de la más mínima iniciativa, los andrenios ibéricos más representativos comenzaron su larga y dolorosa letanía antitradicional y antimarinera".⁸ Y si antes Ortega había apuntado que la literatura inglesa olía a mar, muestra ahora abundantes ejemplos de la española que reflejan no sólo el temor y la antipatía hacia el mar sino también la indiferencia hacia la industria y la técnica. Pero los ejemplos tomados de la ficción son menos dolorosos que los proporcionados por la realidad. Éstos demuestran cómo el gobierno y la burocracia de España se opusieron a todos los proyectos de libre navegación a la vez que desconfiaron de los hombres de talento y experiencia que intuían los caminos del progreso. Porque a España no le faltaron hombres prácticos que vieran las recompensas que el mar prometía. Cuántos no solicitaron su patente de corso, cuántos no quisieron navegar y comerciar sin freno y cuántos más no observaron con amargura y desaliento que los altos puestos del almirantazgo eran depositados en las manos de los ineptos que pertenecían al cerrado mundo de la aristocracia. En un apretado y patético párrafo, el maestro Ortega explica por qué España se desentendió del mar y se lo dejó a Inglaterra al no permitir que sus mejores hombres lo conservaran:

no fue sino la dramática resultante histórica de un sistema triturador y emasculante practicado a ciencia, paciencia y conciencia por la sarcomática (pero eficaz en cuanto rasuradora) burocracia española a partir incluso de los Reyes Católicos. Jamás en la historia de ninguna nación europea moderna se conspiró hasta el extremo en que lo hicieron la Iglesia, el Estado, los Consejos y las

⁶ "De Andrenios y Robinsones", p. 234.

⁷ *Ibidem*, p. 241.

⁸ *Ibidem*, p. 242.

Cortes contra los mejores, los más enérgicos, los más sobresalientes a independientes hijos de las Españas. Las desatadas energías del pueblo fueron en primer lugar minuciosamente reglamentadas, poco después reprimidas y por último totalmente domesticadas o destruidas.⁹

Los españoles, sin necesidad del "llamado" protestante, habían tenido la misma o más iniciativa que los ingleses, pero el excesivo control estatal-religioso los frenó. Cabe entonces preguntarse a quiénes prefiere Ortega y Medina, si a los robinsones o a los andrenios, porque de la lectura de esta disertación parece surgir una contradicción.

Para empezar, la figura de Robinson no despierta en nosotros una gran admiración, no nos "mueve" en el sentido teresiano y es que, en realidad, no parece ser muy atractiva en nuestro medio; son pocos aquí los que leen la obra de Defoe que ejemplifica el dominio de la naturaleza mediante el trabajo y la industria. Probablemente este rechazo se explique por las simpatías o antipatías inconscientes que provoca la herencia cultural hispana. Andrenio, en cambio, despierta el sentimiento de lo familiar, lo conocido. Pese a sus fracasos y duro vivir se gana las simpatías porque simboliza lo humano. Ortega y Medina tampoco era ajeno a esta doble actitud ante Robinson y Andrenio. Muy por el contrario, los presenta con gran habilidad, consciente de que creará confusión.

Por otro lado, es evidente que, aunque simpatice con Andrenio, don Juan se lamenta de la suerte que corrió España al darle la espalda al mar. Y no se refiere a esto en sentido poético o con vagas generalizaciones, sino que, sin ambages, se queja de que no fueran otorgadas patentes de corso a quienes querían combatir a los ingleses con sus propias armas. Ahora bien, ¿querrá decir esto que Ortega hubiera deseado ver convertido al pueblo español en una nación de Robinsones? No parece ser así. Su mensaje es que, y en este sentido se salva la aparente contradicción que mencionábamos, la habilidad y la tecnología de Robinson, que tantos bienes puede acarrear al hombre, debe ser controlada por éste para no ser deshumanizado. Pero, por otro lado, el estado no debe coartar la iniciativa de sus hombres.

Si Ortega estudia los acontecimientos de unos siglos tan alejados de nuestro tiempo es precisamente por su cercanía con nuestro presente. No precisamente con la humanidad en general —aunque también muy válidos para ésta tan amenazada por las armas nucleares y los gobiernos que quieren controlar en demasía— sino con nosotros los mexicanos, los descendientes por una línea de Andrenio. Indiferentes también a las cosas del mar al que abandonamos, porque fue en nuestras costas del Pacífico donde en el siglo XVI se construyeron las naves que fueron a las Filipinas, en una empresa no española sino novohispana. Pero también aquí la centrali-

⁹ *Ibidem*, p. 245.

zación política y económica que España ejerció sobre sus colonias hizo que la industria naviera no arraigara y prosperara. Y si entonces sufrimos el dominio político español, hoy padecemos la vecindad de los robinsones por excelencia. Y en ello radica una de las grandes inquietudes de Ortega y Medina, razón de uno de sus libros más leídos, la creencia de los robinsones en un destino manifiesto.¹⁰ Ortega, como muchos mexicanos, estuvo consciente de la necesidad de definir nuestra identidad no sólo a través del autoconocimiento sino del de aquéllos que tanto han influido en nuestra historia. A este conocimiento también contribuyó Ortega en otra de sus obras, al estudiar una importante faceta de los robinsones — misma que se presta a la comparación de la contrapartida novohispana de los andrenios —, la de la evangelización puritana: tan religiosa y tan cruel a la vez, tan poco humana, tan sin la huella de los andrenios.¹¹

Para terminar, ya que hablamos de andrenios y robinsones para recordar la labor de docencia e investigación del maestro Ortega, nos atrevemos a decir que don Juan encarnó una feliz y equilibrada combinación de lo que estos personajes simbolizan. Encontrábamos en él al noble y caballeroso Andrenio que no dejó de guiar y enseñar desinteresadamente a sus alumnos y, no menos, al trabajador y tesonero Robinson que a lo largo de más de cuarenta años en nuestra Universidad realizó una importantísima obra bibliográfica ampliamente conocida. Así, nos enseñó don Juan no sólo a lidiar con la escurridiza Clío sino también a ser más humanos y no echar por la borda las humanas virtudes, de las que ya se habla poco, pero todos conocemos.

¹⁰ *Destino manifiesto*, México, SepSetentas, 1972.

¹¹ *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.